

produce y las conserva; tal fuerza misteriosa debía entrar en su pecho como todas las fuerzas vitales y despertar en él un anhelo que, de no satisfacerse y saciarse, rompiera y desconcertara las dulces armonías del edén. A tal necesidad ocurrió pródigo el mismo Dios que le había criado. Un sopor sobrecogió al primér hombre cuando se acercaba la hora de que las formas revestidas por el universo llegaran á completarse con la hermosura perfecta. Venía sobre la realidad la ilusión y la esperanza. Entre los coros de tantos sonidos como compone la música universal, debía oirse la voz melodiosa por excelencia. La razón, condensada en la frente de Adán, había de completarse por fuerza con la inspiración y con el sentimiento. Los seres todos aguardaban esta nueva pincelada en el cuadro inmenso de la vida, este nuevo plectro en las cuerdas armoniosísimas del arpa de todos los sonidos, este matiz en el alma luz, esta belleza completando el bellísimo encaje de las formas. Así el sopor de Adán se asemejaba en tan supremo instante á una embriaguez producida por la sobreexcitación del sér enardecido por los presentimientos del amor, indispensable á la vida.

Y surgió Eva, so florido árbol, junto á murmurador arroyo, sobre verde césped, de pie como una estatua colocada en el altar de la naturaleza, palpi-

tante su seno, plácido como noche de luna su rostro, las albas carnes jaspeadas por las azules venas, el cabello caído como una cascada de luz sobre sus hombros, absortos los ojos en las contemplaciones del amor humano que coincide con su aparición sobre la tierra, vibrantes de melodías los labios, sonrosada como la flor más bella, de proporciones armoniosísimas cual no se han conocido en sér alguno, magnetizada de castísima voluptuosidad, circuída de ilusiones y esperanzas, más hermosa que todos los ensueños de la fantasía y más vivificado-ra que todos los soles del espacio. Al verla, no podía creer á sus propios ojos Adán. Era la mitad del sér suyo; pero la mitad más hermosa. La vida humana centuplicó sus fuerzas. El puro beso que resonó en los espacios llevaba promesas y esperanzas de perpetuidad para la especie hermosísima que venía, en tan supremo instante, á ser corona de la creación entera. Al rayo de aquel mirar entre ambos amantes, los seres todos sintieron exaltarse dentro de cada cual su vida. Llenáronse los aires de polen mandado por unas plantas á otras plantas en amorous efluvios; encendiéronse desde los astros hasta los nidos; el ruiseñor cantó con mayores gorgeos y el árbol llovió flores, y las flores pistilos y pétalos aromados en aquel espasmo universal. Diríase que la luz brillaba más, que más vivía la vida, que so-

naban los rumores del universo con armonías no aprendidas hasta entonces, que los átomos, hasta los más fríos, se asemejaban á moléculas del sol, que todo era más, que todo valía y podía más, al aparecer, con aquella venida celestial de la mujer, en la vida humana el amor.

Si todos los seres al amor humano se regocijaban, imaginaos cómo se regocijaría el corazón de Adán. Una plegaria purísima de inmenso agradecimiento, por haberse completado así la vida, surgió del alma de los esposos. Había llegado la esperanza en el tiempo, la ilusión en el sentimiento, la estrella ideal en el alma, el suspiro vivificador, el cantar sublime, la compañera del hombre, la sacerdotisa del universo, el ritmo y la cadencia de todas las cosas, la fe que cree, la intuición que adivina, el oráculo que profetiza, el bálsamo que consuela, en fin, la mujer amante y amada. ¿Qué más podía desear el hombre? El aire respirable le nutría, el calor diurno le animaba, vestía su desnudez con la inocencia, el amor estaba satisfecho, el corazón de ilusiones henchido, incontestada la soberanía suya sobre todos los seres criados, los cielos transparentes á sus ojos, el éter sin ocasos ni sombras, el alma sin deseos, el pecho sin ambiciones, y las ideas, al contacto de aquel amor, convirtiéndose todas en mística nube, cual el incienso al contacto del fuego.

Su felicidad no estaba sólo en sí mismo; extendíase á todos los seres, dilatábase por todo el universo. La tierra palpitaba también y florecía como esos árboles engalanados al aliento del tibio Abril. Los montes se coronaban de selvas bienhadadas, y henchíanse las selvas de regalados frutos. Templábase la excesiva luz en las ramas de los bosques, y el calor excesivo en las evaporaciones del arroyo y del lago. Los animales, inocentes como el hombre, no habían menester esas batallas por la vida que ahora ensangrientan la tierra. Todo era concierto, y concierto amoroso, expresado en cromáticas escalas sin término y sin fin.

Pero ¡ay! que se ocultaba el mal en los senos de la naturaleza humana. Para no haber tropezado en él, necesitábase un sér tan perfecto como Dios mismo. Sólo quien tiene plenitud de vida, plenitud de ciencia, plenitud de libertad, puede tener plenitud de bien. O no había nacido el hombre con los achaques propios á su limitación y á su contingencia, ó había nacido para saber las cosas por la contradicción, para conseguirlas por el combate, para mezclarlas con el mal. No consistía la inocencia de Adán y Eva en que no existiera de ningún modo allá en su Paraíso el mal; guardábalo, cual nos ha enseñado la historia bíblica, el árbol de los árboles, el árbol de la ciencia. En lo que principalmente

consistía el carácter inocente del Adán paradisiaco era en su ignorancia del mal. No lo sabía; pero el mal allí estaba. Las leyes del universo resultan inmutables, como el supremo legislador que las diera; mas las cosas universales, sin excepción alguna, perecederas, transitorias, contingentes, limitadas, llevando en sí, por ende, la descomposición y la muerte. Un mundo inerte y fatal nos rodea. Pues en ese mundo está el mal. Una creación angélica se ha sobrepuesto en todas las teologías cristianas á la que pudiéramos llamar creación del hombre. Pues en los coros angélicos entró con Luzbel también esta sombra de mal que persigue así á las estrellas como á las conciencias. Al orden universal no hemos llegado en la tierra sino tras inevitables catástrofes. Las especies guerrear entre sí con odio inextinguible. Los grados varios de la vida pasan por enfermedades necesarias. A veces la superioridad misma resulta un mal. Sufren desde las plantas á los animales. Donde comienza la sensibilidad, allí comienza el dolor. Nuestra naturaleza física está sometida sin remedio á enfermedades sin cuento. Nuestra naturaleza moral se halla circuída por halagos que la conducen al vicio. Dudas y errores asaltan á cada paso nuestra naturaleza intelectual. El amor pasará de inextinguible sed á torvo desengaño. La curiosidad infinita de saber no se verá

nunca saciada. Llenaréis con lo infinito el deseo y no se habrá satisfecho. Con aspiraciones á dioses mezclamos nuestra naturaleza de bestias. La imaginación toma sus alas al ángel y el cuerpo sus instintos al bruto. Por consecuencia, el mal estaba tanto en el Paraíso como fuera del Paraíso. Al hombre, á sus ojos, ocultáransele, en aquellas primeras alegrías del sér y de la vida, su propia inocencia. Él ignoraba que las abejas, de cuyos vibrantes áureos cuerpos recibía mieles parecidas á luz liquificada, guardasen aguijones para clavarlos en sus carnes y enardecer su sangre. Creía manso como un cordero al feroz león, é inocente como una paloma la venenosa culebra. En su ignorancia, producida por la natural niñez de nuestra especie recién creada, hallábase tan sereno y tranquilo en brazos de la naturaleza como el niño en su cuna, en aquella cuna donde no sabe nada. Pero así que deseó conocer, ó no llegaba de ningún modo á la impresión más rudimentaria del saber más primitivo, ó tenía que cerciorarse por fuerza, por necesidad, irremisible, fatalmente, de la existencia del mal. Este mal, que se llamaba Luzbel allá en el cielo, se llama Satanás aquí en el mundo.

La teología que dió al mal este nombre de Satanás, dió á Satanás la forma de serpiente y enroscóla en los árboles del edén. O no existía el mal, ó esta-

ba forzado por su naturaleza misma, por su envidia, el peor de todos los vicios, á volcar sobre aquel Paraíso de la inocencia el infierno con todas sus maldades. La imaginación humana se ha figurado al mal en formas diversas á cual más extraña y deforme. Lo ha puesto como una mosca prendida en telaraña inmensa con pezuñas y cuernos de cabrito, con alas de murciélago, con ojos de lechuza, la boca sumida en las quijadas sin dientes y convulsa por una carcajada sardónica, todo él agitado á los estremecimientos epilépticos del odio. Aquel dolor que nunca cede, aquella desesperación incapacitada para siempre de hallar ni olvido, ni sueño, ni reposo, las lágrimas de fuego que no podrán evaporarse, los hervores de un corazón desgarrado que no podrán extinguirse, carnes ígneas pegadas á huesos calcinados, la sangre circulando en guisa de plomo derretido, transiciones del calor al frío, recuerdos de la perdida grandeza, el deseo y la burla de lo infinito, la fealdad asquerosa con el conocimiento de la hermosura perfecta, el amor trocado en voluptuosidad insaciable unida con invencible impotencia, el odio á todo, y aun á sí, lo más odioso para él mismo, la duda de cuanto existe y piensa menos del mal, y ni siquiera la muerte: he ahí Satanás. ¡Cuántas veces llamaría en sus arrebatos á la nada para que se lo tragase! ¡Cuántas veces

blasfemaría de Dios por haberle puesto á los piés, como á un forzado su grillete, la cadena del límite! Ya le preguntaría por qué no lo hizo uno con él mismo. Ya le imputaría su propia culpa. Y así, volviéndose á la creación del hombre, propondríase perturbarla porque, ó el Paraíso era el cielo mismo en esencia, ó el Paraíso, como todas las cosas contingentes, confinaba por algún lado con el infierno.

Eva iba sola y desnuda por el edén recibiendo en su hermoso cuerpo los efluvios de vida que la mandaban todos los seres, cual se mandan sus rayos de luz entre sí los astros en lo infinito. Aquella su figura consonante con la floescencia universal, aquel su cuerpo realzado por la casta desnudez de las formas, aquella su serenidad y su inocencia hubieran vencido á otro que no fuera el mal en esencia y héchole retroceder en sus propósitos de perderla. Pero Satanás, que se gloriaba, en su vana soberbia, de almacenar los venenos de las víboras frente á los dulzores de las abejas, aglomerar sudarios de tinieblas para envolver soles del espacio, perseguir á los ángeles con monstruos y endriagos en caza y en guerra perpetuas, acechó á la mujer para herirla con el arpón de su áspid, imposibilitado como estaba el infeliz de amar. ¡Cuán hermosa! Desde la extensa frente hasta los diminutos piés,

desde los globos etéreos de sus ojos hasta los globos carnales de sus pechos, desde su aliento, que aromaba las flores mismas, hasta su alma, que resplandecía en todo su sér, desde la música de su voz hasta las sedas de sus cabellos, todo en la hermosa mujer immaculada resplandecía con luz indecible y revelaba perfecta felicidad. Satanás, para prenderla en sus redes, quiso embriagarla con sus palabras, y llamóla tan pura como bella. En el Paraíso mismo, en la inocencia todavía sin sombras, mucho antes del pecado, la mujer se detuvo al reclamo del requiebro, que tan de antiguo van unidas en el mundo las gracias con las vanidades. Viéndola ya detenida sin recelo en su presencia y atenta con cuidado á sus sugerencias, Satanás debió continuar requiriéndola de bella y mostrándola cómo no había en la creación línea ninguna cual su rostro, ni luz cual aquella que despedían sus miradas. Un sentimiento de repulsión debió asaltar á Eva después de haber contemplado un poco á su enemiga. Aunque envueltos en su ignorancia, y por ende ocultos á su penetración los seres todos, ninguno podía parecerle ni feo ni malo; un seguro instinto de natural conservación y defensa debió advertirla con alguna confusión, pero también con alguna fuerza, el peligro, y preservarla por breves momentos de rendirse á sus asechanzas. Viendo Satanás esta per-

plejidad, redobló sus halagos, repitiéndola con insistencia en palabras, á cual más halagüeñas, cuánta hermosura guardaba en su persona. Eva, estática y fuera de sí, corroboraba en el próximo lago, que repetía como un espejo su figura, cuanto la afirmaba el demonio, absorta en su atender á tantos requiebros y en su mirar contemplativo de las propias gracias y ventajas. Oír las seducciones, regalar y relamerse con ellas, desconocer la hiel venenosa guardada en el halago tierno, seguir la fascinación pasivamente y rendirse á su imperio con sumisión, aunque á tal estado del ánimo no se acompañe acción efectiva ninguna, como propende ya de suyo al abismo donde se halla la perdición irremisible.

Viéndola ya enredada en los lazos de la tentación, hablóla Satanás de lo que faltaba con indudable deficiencia en su estado perfecto y en su immaculada pureza. No había en el universo un sér tan hermoso como ella, en los decires de Satanás, ni la paloma parecía tan alba como su piel, ni el ruiseñor tan melodioso como su voz, ni el arroyo tan ondulante como su seno; mas la faltaba en su dicha el conocimiento perfecto de todo un lado de las cosas. Ignoraba la mitad completa del sér y de la vida. No sabía Eva el amor, porque tampoco el odio; ni el placer, porque tampoco la pena; ni el

descanso, porque tampoco la fatiga; ni la verdad, porque tampoco la duda; ni el bien, porque tampoco el mal. Reducida, en la cuna de su edén, á espacio breve, donde no habitaban inquietudes ni satisfacciones, desconocía cómo hay un espacio infinito, más cometas que plumas tienen todas las aves, más mundos que arenas todas las playas, más soles que gotas los lagos. La curiosidad iba despertándose allá en la mente de nuestra primera madre según y conforme iba Satanás diciéndola todas estas seductoras especies. Pero la curiosidad, digan cuanto quieran sus enemigos, no podía mover tanto á Eva como el amor. En Adán se reunía para ella el universo. Pues, taimado Satanás, hablóla de su Adán, en palabras conducentes á la perdición más segura. Adán, la decía, hoy menos que tú, debe llegar, si quieres, al primero entre los seres. El cielo debería dormir á sus plantas como un lago. Las estrellas deberían ir á sus labios como van á las flores abejas y mariposas. Los soles deberían seguirle como ahora le siguen los corderos. Las esferas celestes debían enroscarse como serpientes de luz en sus brazos, y seríais los dos como verdaderos dioses. La luna, por sí misma, engarzaríase con placer en las ruedas del carro donde fuerais á visitar los mundos. Juntos, añadía, entregados mutuamente á vuestros dos corazones, teniendo por lecho lo infinito, senti-

ríais un amor inmenso, ardoroso, inexplicable, un amor de todo el sér, de toda la vida, que animaría con un volcán de placeres cada cual de los átomos en vuestro cuerpo, que concentraría en vuestros besos toda la fiebre de la vida universal, llegando así á obtener fuerza creadora tan grande como la misma divina fuerza que os ha creado y os ha producido á vosotros. Y entonces, lejos de tener un límite, lo pondríais á la eterna esencia; romperíais las relaciones entre los seres, sustituyéndolas con vuestra voluntad y vuestro amor; apartaríais el mundo de su causa, dándole la eternidad de vuestra vida propia; colgaríais las estrellas á vuestro antojo en la inmensidad para que alúmbraen la cama de vuestros placeres; haríais de las notas de los mundos música reservada tan sólo para nuestros oídos; apagaríais, cuando quisierais, para mayor divertimento, á vuestro soplo, la luz; y encerrados en vuestro amor egoísta, en vuestra soberbia sin igual, dueños de la omnisciencia y de la omnipotencia, colocados en el centro de todas las creaciones, dejando la pureza, que respecto á vuestro poder futuro sólo puede compararse con la humilde larva respecto de la regocijada mariposa, formaríais, cuando quisierais, otro mundo; porque resolviéndoos, solos, solos, seríais los tiranos del universo, y aplastaríais, bajo vuestras plantas, la corona de Dios.

Mientras Satanás quiso tentar tan sólo á Eva, y ofrecer á Eva solamente las ventajas de su culpa, Eva le oyó, pero supo resistirse al peligroso halago. Mas en cuanto la prometió que su esposo llegaría en una transformación inevitable á Dios, quiso entrever el medio de llegar á tal fin. Le amaba con su ardiente corazón, y todo la parecía poco para él. Por consiguiente, la idea de hacerlo Dios tentaba y mucho á su amor. Pensó que no debía quererle si no trataba de alzarlo sobre todas las cosas creadas é increadas, y se resolvió, en la ceguera de su amor, á darle tal muestra de su pasión. La mujer no se perdió, pues, por curiosidad, como dicen sus enemigos; no se perdió por ambición, ajena, de todo en todo, á su pecho; perdióse por amor. En cuanto supo que Adán podía tener mayor felicidad, sintió el deseo de granjeársela, y á este deseo sacrificó ¡cuitada! su felicidad y su inocencia. Decirla Satanás cuánto podía prometerse de sí misma, y preguntarle cómo procedería, fué obra de un minuto. El demonio la observó que todos los árboles del edén estaban á su disposición, menos uno, y picóle así la curiosidad natural de gustarlo. Díjola, tras esto, cómo aquel árbol guardaba en su fruta la ciencia del mal y del bien. Añadióla, tras esta noticia, que, arrancando la fruta y mordiéndola, podía tener la visión perfecta del universo y un poder so-

bre sus senos y sobre sus seres tan grande como el poder de Dios mismo. Eva, en aquel momento supremo, sólo vió la omnisciencia y la omnipotencia para su esposo. La ceguera de su amor le ocultó el desacato que cometía contra su Dios y el castigo que pudiera sobre sí traer este desacato. Como el amor á su esposo era en ella el amor á todos los seres, creía no faltar á ninguno, exaltándolo hasta deificarlo. Dios mismo no podía, de ningún modo, argüirla por un amor que había puesto él en su pecho. Así, con pocas sugerencias de la serpiente astuta y venenosa tuvo harto motivo para moverse y persuadirse á cometer su pecado, gustando la fruta del mal y del bien, prohibida por Dios, y por Dios puesta en el solo árbol defendido á sus manos. La fruta debía tener ya todas las mágicas apariencias del vicio. Trascendería su olor á todas partes. Brillaría con brillo incomparable á los ojos. Susurrarían las ramas, de donde colgaba, con músico susurro. Parecería delicada y tenue á la mano. Si la vista, si el oído, si el olfato, si el tacto mismo podían holgarse á una con ella, ¿por qué no el gusto? Eva probó la fruta y la compartió con Adán. Encontráronla muy acerba los dos. Si Eva hubiera podido ver cómo la rampante culebra erguía sus anillos al estremecimiento del placer y se lanzaba en lo profundo, contando á todos los males cómo



el hombre acababa de penetrar en sus dominios y de rendirles tributo y vasallaje, comprendiera toda la enormidad terrible del pecado que había cometido y alcanzara toda la pesadumbre incalculable de la pena que la reservaba el cielo.

En efecto, ya eran mucho más sabios, pero también mucho más desgraciados. Conocían el mal, que antes ignoraran, y experimentábanlo en su propio sér. Un frío desconocido sacudió sus nervios y sus carnes. Subióles al rostro la vergüenza de su desnudez y al espíritu el remordimiento de su culpa. La voz del Eterno, que había sonado melodiosa entre las ramas del edén, retumbó, cual fragorosísimo trueno de nube incendiada por electricidad ardiente y chispeante. El hálito del pecado llegó hasta los senos del cielo y oscureció hasta los resplandores del sol. Aquellos dos esposos comenzaron por querer ocultar su remordimiento. Así entraban en las cavernas, y en las cavernas lo veían como fosforescente mirar de ave nocturna. Cavaban un hoyo para enterrarlo, y cuanto más dentro querían hundirlo, más se agrandaba en proporciones y más fosforecía con siniestros centelleos. Llevábanlo, infelices, en su conciencia. La gota del mal quedaba ya mezclada como levadura inseparable de la vida. Sintió Adán cómo los elementos que se le habían sometido en el Paraiso ahora se sublevaban todos

á una en su contra y le disputaban la soberanía. Eva sintió toda su debilidad, agravada por la delicadeza de su complexión, y se acogió al regazo de Adán para sostenerse y ampararse. En efecto, alrededor de las estrellas veíanse los siniestros círculos de sus noches, bajaban las nubes de lo alto cual bandadas múltiples de carniceras aves, el huracán rugía en todas direcciones abofeteando la faz humana, azotaba el rayo las espaldas trémulas con sus chasqueantes latigazos, estremecíase la tierra en sacudimientos continuos, y mientras las montañas saltaban como si las lanzasen á los aires el estallido y explosión de cien volcanes, bostezaban los cielos profundos y se abrían bajo las plantas del hombre y de su triste compañera insondables abismos. Como todos los desgraciados, no habían advertido Adán y Eva en los primeros momentos la intensidad horrible de sus males. Y aquellos leones, que antes les lamían los piés, enseñábanles ahora sus garras; y aquellas avecillas, que les regalaran el oído, trocábanse todas en buhos y lechuzas; y aquellos elefantes, que les ponían entonces á los piés de rodillas su lomo, ahora les oponían su trompa; y el tigre, que antes jugueteaba como doméstico gato, ahora sentía los carniceros instintos que le llevaban á devorar las humanas carnes y á beber la humana sangre.